

La **belleza** **circular**

Una aproximación al sonido en el cine
experimental español (1955-1979)

CIRCULAR BEAUTY

AN APPROACH TO SUSTAINABILITY AESTHETICS FOR THE CAPITALOCENE

ABSTRACT

Aesthetics are not independent of the time in which they are located, nor of the ideology they support or answer; on the contrary, they can become a very important vector that facilitates changes in the worldview, as we have seen in the sociopolitical revolutions of the last century. Unlike the aesthetics of postmodernity, with their epidemic and scarcely critical condition, the times of the ecological crisis of the Capitalocene and of the transition to more sustainable societies demand a very different creativity and aesthetics (Albelda, Parreño y Marrero, 2018). This article defends the need to recover the identity and teleological role that art and aesthetics have played in the past. In this context, we will identify the foundational aspects of a circular aesthetic, and the indissoluble union with the ecological ethics from which it departs. Likewise, we will argue about the amplitude of the concept of circularity that, transcending the most known aspects linked to the recycling of materials, acquires an important moral function linked to the weak anthropocentrism, expressing the acceptance of individual fugacity, and even of culture and species, from a holistic perspective (Spier, 2011).

Keywords

Aesthetics, Circularity, Capitalocene, Biocene, Sustainability, Ecology

RESUMEN

La estética no es independiente de la época en la que se ubica ni de la ideología a la que apoya o contesta; por el contrario puede convertirse en un vector de gran importancia facilitador de cambios de cosmovisión, según hemos podido comprobar en las revoluciones sociopolíticas del siglo pasado. A diferencia de la estética de la posmodernidad, con su condición epidérmica y escasamente crítica, los tiempos de la crisis ecológica del Capitaloceno y de la necesaria transición a sociedades más sustentables reclaman una creatividad y una estética muy distinta (Albelda, Parreño y Marrero, 2018). El presente artículo defiende la necesidad de recuperar el papel identitario y teleológico que en el pasado han jugado el arte y la estética. En este contexto, identificaremos los aspectos fundacionales de una estética circular, y su indisoluble unión con la ética ecológica de la que parte. Asimismo, argumentaremos sobre la amplitud del concepto de lo circular que, trascendiendo los aspectos más conocidos vinculados al reciclaje de materiales, adquiere una importante función moral vinculado al antropocentrismo débil, expresando la aceptación de la fugacidad individual, e incluso de la cultura y de la especie, desde una perspectiva holística (Spier, 2011).

Palabras Clave

Estética, circularidad, Capitaloceno, Bioceno, sustentabilidad, ecología

1 ESTÉTICA Y SOSTENIBILIDAD, VECTOR Y REFLEJO

Dice Riechmann: Copiaremos en nuestra casa las cuatro frases escritas en los muros del templo de Delfos: “Lo más exacto es lo más bello”, “Respetar el límite”, “Odia la *hybris*” y “De nada en demasía” (...). (Riechmann, 2018b, p.49) Podríamos, quizás, escribirlas en forma de círculo...

Dado que el arte es ineludiblemente signo de los tiempos y se entrelaza con sus acontecimientos, no siempre se puede establecer una diferencia suficientemente clara entre su función como vector conformador -un arte pionero que va anticipando las bases de una nueva cosmovisión-, y su función reafirmante, ayudando a consolidar las ideas que configuran las diferentes épocas. Las vanguardias artísticas del siglo XX son un buen ejemplo de lo primero: nos ofrecen una estética rompedora y diversa, vinculada a manifiestos teóricos militantes, que pretende contestar el arte académico buscando remover la conciencia burguesa. Pueden relacionarse con innovaciones tecnológicas, como el Futurismo, con nuevas cosmovisiones científicas -el Cubismo-, o con revoluciones sociopolíticas -el Constructivismo ruso, por ejemplo. En otros casos encontramos movimientos artísticos o tendencias estéticas que refuerzan la materialización de una determinada ideología como su expresión plástica y funcional, pero sin ser necesariamente pionera. Sería el caso del Realismo socialista, al servicio de la etapa estalinista soviética, de la Bauhaus como escuela de diseño que concretó las premisas del Funcionalismo, o el arte en la posmodernidad, con su condición citacional, epidérmica y escasamente crítica, estrechamente unido al capitalismo. Centrándonos en este último ejemplo, destacar que la estética posmoderna expresa y refuerza la cosmovisión del capitalismo tardío, un tiempo epigonal que contradice la conocida proclama del *fin de la historia*, formulada como disolución de la dialéctica ideológica secular, una vez asentado supuestamente el mejor modelo posible: el capitalismo entronizado por la tecnociencia y la aldea global mediática. En este contexto seguimos, pero ya desde la consciencia de su inviabilidad, una vez demostrado que los límites del crecimiento, anticipados por el Informe Brundtland en los años 80 del siglo pasado, impiden la perpetuación del modelo desarrollista del crecimiento continuo.

Precisamente nos ha tocado vivir los tiempos del inicio del declive, tiempos de urgencia por intentar llevar a cabo una transición controlada a sociedades con menor complejidad, que dispondrán de menos energía y materias primas para desarrollar sus funciones metabólicas. Nosotros somos los hijos del petróleo y de los bits, pero hemos de educar una nueva generación discípula del sol y de la permacultura. Toda una revolución del imaginario que no se basta con ajustes de sistema por parte de la ciencia y la tecnología -con su quimera del desarrollo sostenible-, sino que necesita un cambio de conciencia radical, similar al que tuvo lugar en las revoluciones sociopolíticas del siglo pasado. Para lograrlo, necesitamos crear nuevos objetivos civilizatorios que sustituyan el deseo de crecimiento por la necesidad del reequilibrio, la competitividad por la colaboración. En esta ineludible tarea la estética, decíamos, podrá servir tanto de discurso de anticipación como de medio materializador de la nueva cosmovisión de la sustentabilidad (Albelda y Sgaramella, 2015). Si bien, en el punto en que ya nos encontramos, más que asumir un papel visionario como el que pudo tener inicialmente Le Corbusier con la arquitectura y la ciudad modernas, que se concretaría en el Estilo internacional -para ir degenerando poco a poco en simple construcción modular al servicio del capitalismo-, la estética de la sustentabilidad asumirá probablemente un cometido eminentemente materializador, tejiendo una amplia red de diversidad que contribuya a difundir la ética ecológica y el pensamiento de la autocontención

y del reequilibrio. Siempre desde la voluntad de crear sinergias para desplegar el ambicioso proyecto de un nuevo humanismo no antropocéntrico, con una creciente sensibilidad holística/gaiana (de Castro, 2018).

2 LA ESTÉTICA DEL CAPITALOCENO

Procede, antes de centrarnos en las características que pueden dibujar una estética de la sustentabilidad, aludir de forma resumida al modelo del que partimos. Nos referimos a la estética y el arte de la posmodernidad -en cuya etapa de decadencia todavía nos encontramos, al no haberse configurado de forma decisiva otro modelo alternativo-, identificada con la fase tardía del capitalismo o neoliberalismo financiarizado que, por imperativos de la entropía que genera y el expolio de recursos naturales, ya está encontrando serias dificultades en proseguir con su crecimiento. No buscamos aquí un análisis exhaustivo, pues no es el tema principal del artículo, sino resaltar aspectos que, a su vez, permitirán definir por contraste las características de una estética para la Era Solar (Riechmann, 2018b).

Sintetizando la personalidad estética del capitalismo tardío, destacaremos dos tendencias principales. La más sobresaliente coincidirá con su conocida vocación prometeica, mientras que secundariamente encontramos estrategias de sofisticación y empatía propias de la posmodernidad, una vez cuestionado precisamente el principio teleológico del crecimiento continuo. Así pues:

a) Una estética que refleja el poder de escala y de complejidad de la tecnociencia contemporánea, que podemos considerar como una derivación/perversión capitalista de los presupuestos funcionalistas de la Modernidad, especialmente desarrollados anteriormente por la Bauhaus y por el Movimiento moderno en arquitectura. Será la función, expresada en la propia estética del diseño, la que a la postre se convertirá en belleza, desprendiéndose de todo ornamento, considerado como antiguo e inútil. Por lo tanto, una belleza aliada con lo práctico, aplicado y teleológico, no una belleza entendida como disfrute gratuito, como complemento de la función práctica de todo objeto o entorno diseñado. Esto conlleva el abandono radical del principio de empatía propuesto por Worringer (1908), según el cual las formas orgánicas expresan una belleza que genera empatía y que el arte ha recogido en numerosos periodos históricos, junto a su tendencia también secular a la abstracción.

Sin embargo, el sentido funcional -la belleza a través de la función- se irá distanciando del primer discurso de la Modernidad, plegándose al todopoderoso objetivo de acumulación de capital -vía simplificación y replicación modular-, sin buscar valores estéticos especialmente relevantes. Aterrizando en el terreno de los ejemplos, los hitos de una estética innovadora y purista que podemos encontrar en el mismo Le Corbusier, Mies van der Rohe, Frank Lloyd Wright u Oscar Niemeyer, no son sino excepciones al acatamiento posterior -todavía vigente- de una estética de la construcción sin identidad, donde toda intención decorativa es suprimida, más por ahorro de costes que por deseo de continuidad con la pureza de la tradición moderna. Parejo a este descafeinamiento, hacia finales del siglo pasado se potenciará, junto a autores de culto dentro del eclecticismo de la posmodernidad -Aldo Rossi, Frank Gehry, Rem Koolhaas- una decidida línea de reafirmación técnico-industrial y de escala. Podemos ilustrarlo con ejemplos de la arquitectura de Renzo Piano y Richard Rogers -Centro Pompidou de París- (Fig.1) y la amplia estirpe de arquitectos e ingenieros *High Tech* tan amantes de los exoesqueletos, en la que



Figura 1. Centro Pompidou de París. Fotografía: Lovepik

habría que incluir al inevitable Santiago Calatrava. Pero debemos insistir en que esta tradición fáustico-tecnológica que tiene en el Burj Khalifa (Fig.2) uno de sus últimos y más conocidos exponentes (Albelda, 2018), no es sino la expresión simbólica del triunfo del capital aliado a la tecnología, para cuya culminación con hitos destacados como éstos, hace falta una amplia base de uniformidad clónica carente de interés estético y de cualquier otro proyecto que no sea la materialización del crecimiento y del ahorro de costes.



Figura 2. Imagen del Burj Khalifa, Wikipedia

b) Una estética que busca la empatía o la seducción vía atipicidad y sorpresa, y que podríamos identificar con la publicidad hiperbólica y ubicua que caracteriza a nuestras sociedades del capitalismo tardío. Proteica, adaptable a cada necesidad de venta y especializada en generar

necesidades para el creciente mercado de satisfactores de alto impacto ecosistémico, sea en forma de objetos, de vehículos, de destinos turísticos o de consumo de pago por internet. A diferencia de la primera, identificada con nuestra tecnosfera industrial, esta segunda, cada vez más inmaterial, afuncional y digital, podrá hacer uso de todos los recursos decorativos y multisensoriales para conseguir atrapar nuestro deseo. Hace gala de una diversidad insustancial, en la medida en que no responde a una verdadera variedad de objetivos, sino a la equifinalidad de la seducción para el consumo en el reino del espectáculo. Siguiendo con los ejemplos arquitectónicos, Frank Gehry -Guggenheim de Bilbao- sería el gran prestidigitador de formas dentro del exceso posmoderno: cautivador, gran atractor de público, pura superficie brillante, epidérmico en el fondo.

Linealidad y teleología fuerte del crecimiento, uniformidad clónica generalizada con el contrapeso de algunos brillantes hitos posmodernos y de alta tecnología. En este escenario, la disponibilidad de energía resulta ser un factor esencial para la dinámica que caracteriza no sólo al capitalismo, sino a todo sistema expansivo, que necesita fuentes de alimentación solventes, espacio suficiente y competidores débiles. La estética y la sistémica del capitalismo tardío, apurando la era del petróleo barato, se ha convertido en una poderosa excepción cultural frente a las conocidas dinámicas circulares de los ecosistemas naturales y de las culturas pretecnológicas. Sin embargo, se ha considerado dicha diferencia extrema como una característica de progreso civilizatorio que, a la postre, refuerza la peligrosa escisión entre cultura y naturaleza. Es probable que la extrema simplificación de la diversidad estética en la Modernidad capitalista finisecular -a modo de prolongación de la máxima fordista de la eficiencia- no recibiera apenas críticas precisamente por tratarse de un poderoso credo de promisión, profundamente autoafirmativo, donde el perfeccionamiento de la tecnociencia como fin último de nuestra civilización estaría por encima de cualquier antigua pretensión de diversidad y de belleza no funcional. En la medida en que se acepte que esta dinámica es conforme con nuestra *naturaleza* -con nuestra segunda naturaleza cultural-, todo podrá ser sacrificado ante dicho objetivo último, incluso los antiguos idearios de emancipación humana.

3 LOS SIGNOS DEL INICIO DEL DECLIVE

Si la estética de la posmodernidad en su expresión tardía se basaba en el crecimiento sostenido de matriz tecnocientífica, gracias a la energía fósil eficiente y barata, en el momento en que la disponibilidad energética abundante se pone en entredicho, necesariamente el modelo, en su globalidad, comienza a entrar en crisis. Sin embargo, esta crisis trata de enmascararse, pues el discurso capitalista nunca propondrá una alternativa que cuestione sus propias bases vitales. De ahí el uso y el abuso del inviable concepto de “desarrollo sostenible” y, con él, de una estética más amable, vinculada al denominado *capitalismo verde* que no cuestionará nada sustancial de la economía de mercado, simplemente la recubrirá con un barniz en apariencia sustentable. Por tanto, la publicitación de algunos proyectos más modestos en escala -los utilitarios urbanos tipo *smart*, por ejemplo- y más ambiciosos en la búsqueda de la eficiencia en relación a energía y materialidad, no tiene por qué entenderse como un cambio radical en los objetivos del capitalismo, sino como una maniobra de aparente adaptación a los límites biofísicos ya traspasados. La apuesta por el coche eléctrico, por la disminución de emisiones de los motores de combustión, por el reciclaje... Todo ello tiene que ver con transiciones muy lentas a modelos algo más sostenibles, incompatibles con los plazos de urgencia que nos marca el cambio climático y el acabamiento del petróleo de mejor calidad, incluido su derivado diésel.

Por el contrario, la alternativa eficaz es una modificación drástica en la visión de la movilidad y el apoyo a la relocalización económica. En una cosmovisión sostenible no tiene cabida el automóvil privado, ni siquiera el eléctrico, ni el comercio global sin límites, pues no tenemos capacidad real de generar tanta energía renovable como su equivalente actual de petróleo, ni tenemos disponibilidad de tanto litio para las baterías de más de 1000 millones de coches -sin olvidar la nutrida flota de aviones y de cargueros transcontinentales...- que implicaría el mantenimiento del actual modelo de movilidad privada y transporte globalizado. El tardocapitalismo no tiene, sin embargo, ningún problema en realizar los cambios necesarios hacia un inviable “capitalismo verde” con su estética asociada -que, por lo demás, puede facilitar la renovación del stock de mercancías ya vendidas por otras “más amables con el planeta”-, siempre y cuando no se cuestione su matriz de crecimiento. Pero es precisamente esto, el disimulo supuestamente adaptativo, lo que se convierte en una verdadera trampa ante la urgencia.

4 LA BELLEZA CIRCULAR

Frente a la ineficaz deriva hacia un capitalismo verde que no cuestiona la matriz del crecimiento sostenido, se propone una “estética de la circularidad” que cuestiona radicalmente el expansionismo de la última posmodernidad. La belleza circular supone una verdadera revolución en la medida en que, desde el conocimiento de los límites ecosistémicos y el deseo de vivir bien dentro de ellos, propone retomar biomiméticamente (Riechmann, 2006) una sistémica de ciclos donde los procesos culturales se adapten a los procesos de la naturaleza desde una vocación de integración y reequilibrio ecosistémico. Un modelo de progreso civilizatorio que vaya curvando la línea tendencial hasta que se asemeje a un círculo o, más en concreto, a un helicoide, donde la leve modificación de los cierres de cada ciclo indicará una dirección -a modo de un tirabuzón que irá dibujando nuestra historia. Los grandes objetivos de una cosmovisión del reequilibrio serán ecosistémicos y no únicamente humanos: disminuir la huella ecológica -planetaria y local- sobredimensionada, tanto en lo que respecta a consumo de recursos como a emisiones y residuos. Pero también decrecer conscientemente como especie, para adaptarnos de forma no catastrófica a una disponibilidad de recursos y de energía cada vez menor. Limitar equitativamente nuestra natalidad permitiría que otras especies salvajes puedan recuperarse algo, ante la drástica reducción a la que nuestra cultura industrial antropocéntrica les ha sometido. Se trata de defender un innovador concepto de progreso entendido como disminución de la escala física y energética, a la vez que se aumenta en eficiencia y circularidad en los procesos metabólicos. Vivir bien menos humanos, con menos y de forma equilibrada respecto a los demás animales que pueblan la biosfera (Tafalla, 2019). Un modelo, por tanto, mucho más rizomático que piramidal, y de tendencia más ecocentrista que antropocéntrico.

La nueva cultura del respeto biosférico que interesa potenciar no concuerda, sin embargo, con muchos aspectos del metabolismo de la naturaleza, tan poco dada a cuidar de cada individuo que compone su red trófica; en este sentido, la ética ecológica no sería especialmente naturalista ni estaría interesada en el darwinismo social. Por otra parte, la cultura de la suficiencia y del respeto ecológico necesita una estética que la exprese naturalmente, reflejando el conocimiento de los límites y la adaptación a los mismos, así como la eficiencia en el uso de los materiales, la adecuación al entorno y el conjunto de sinergias y simbiosis que se puedan establecer en el nuevo paradigma de la sustentabilidad. También implica desarrollar una mirada holística, apeándose de la atalaya exclusiva de lo humano, renunciando al valor supremo de su supuesta excepcionalidad. Supone aprender a caminar modestamente hacia un renacimiento

no antropocéntrico, donde la biosfera esté en el centro y el principal cometido de lo humano sea su cuidado, hermanados con todo lo que respira, metaboliza y sintetiza. Que el nuevo proyecto civilizatorio sea reequilibrar la biosfera que hemos desestabilizado, como condición necesaria para nuestra propia supervivencia; pero no sólo desde ese objetivo, sino llevados por el deseo de cuidado de la casa común. Todo ello de la mano de un consciente antropocentrismo débil, verdadero ejemplo de progreso de lo humano: progreso como reequilibrio y sustentabilidad, el progreso imprescindible para el s. XXI.

5 TRAZANDO SENDEROS CONTRA EL CAPITALOCENO

Nos encontramos todavía muy al principio de la construcción material de una nueva cultura y de una nueva estética de la sustentabilidad, compatibles con la etapa de decrecimiento recién comenzada. Sin embargo, su andamiaje teórico progresa adecuadamente. En palabras de Jorge Riechmann (2018b, p.44):

En efecto: en la segunda mitad del siglo XX, hemos ido avanzando un poco –a trancas y barrancas– hacia una ética ecológica. Pero están sembradas también las semillas de una estética ecológica –que no podemos concebir desconectada de la ética–, cuyos valores podrían ser: *diversidad, sentido de la medida, sencillez, funcionalidad, singularidad, durabilidad, elegancia; aprecio por lo local, la vitalidad de la naturaleza y la fuerza del Sol.* Todo ello gobernado por una sentencia clave: “de nada en exceso”, como recomendaba la antigua sabiduría délfica, y redescubren los científicos sociales modernos (...).

Conviene resaltar sus principales bases paradigmáticas para mejor asentarlas. Podemos hacerlo a través de enunciados duales que nos permitan contrastar el valor propio de la Modernidad desarrollista del que partimos, y el correspondiente al paradigma de la sustentabilidad hacia donde queremos ir:

- En lugar de la naturaleza como materia prima, la biosfera como casa.
- En vez del exceso -de consumo, de complejidad, de sofisticación, de tamaño, en el traspaso de límites...-, la suficiencia -adaptación al límite, simplicidad, cercanía, escala humana.
- Frente al culto tecnocientífico como principal proyecto civilizatorio y la superación de lo humano entendido como limitante, recuperar los saberes de las humanidades enfocados hacia una ética biosférica. Lo humano como potencia de reequilibrio, recuperando una conciencia ecosistémica de copertenencia y equifinalidad con todo lo que vive en la casa común.
- Frente a la unificación simplificadora del capitalismo y demás totalitarismos, la estética de la diversidad, natural y cultural. Tras una posmodernidad íntimamente aliada al capitalismo, trabajemos por una nueva época ecosocialista cuyo principal objetivo sea reestablecer las paces entre civilización y naturaleza: una cultura del reequilibrio y de la belleza circular.
- Frente al Capitaloceno, Bioceno: el tiempo de Gaia, como *oikos* común. Cuando plantemos árboles y beneficiemos la multiplicación de insectos, que sea llevados por el deseo de un acto ético reparador, no desde la voluntad exclusiva de crear sumideros de carbono o potenciar los necesarios polinizadores.

- En lugar de las fuentes de energía basadas en romper el átomo y quemar la materia orgánica compuesta por nuestro ancestros, aprendamos a recolectar los frutos del sol, del viento y del agua, con tecnología y autocontención.

- En vez de satisfactores de alto impacto ecosistémico que implican mucho dispendio de energía, materiales y dinero, busquemos satisfactores modestos e igualmente gratificantes que permitan vivir y disfrutar una vida buena sin destruir mucho a nuestro alrededor. En Valencia, por ejemplo, se puede ir a la playa en bicicleta o tranvía en verano, no hace falta tomar un *low cost* a Ibiza o Cancún.

- Ante la agresiva digitalización del mundo y de nuestras vidas, a través de la sustitución de la *physis* por sucedáneos en nuestros móviles, tabletas y televisores, retomar la reconstrucción física de los ecosistemas degradados y trabajar por una percepción consciente de lo cercano, que nos permita rescatar la empatía sensorial y comprender los procesos de causalidad e interdependencia.

“Pongamos la vida en el centro” nos dice como un mantra bienvenido Yayo Herrero en cada una de sus seductoras charlas y conferencias. En efecto: una estética y una cultura de la sostenibilidad deben ser profundamente biofílicas, desde la consciencia de la excepcionalidad de la vida. Mostrar su belleza a la vez que su fragilidad es el mejor camino para suscitar el respeto. Una vida entendida en sentido amplio: comenzando por la más cercana a nosotros y, a través de sucesivos anillos de empatía, también la que nos resulta menos amable. Menos animales y vegetales criados para comérmolos y más vida salvaje, valorada por su mera existencia (Tafalla, 2005). Frente al Capitaloceno, Bioceno: la nueva era del cuidado de la vida. Pero dicho así quizás resulta demasiado simplificador. También los integristas católicos están a favor de la vida, en concreto de la obligación de parirla sin más opciones -la humana, solamente. En realidad “estar a favor de la vida” es algo que exige entrar en el detalle. Habría ante todo que priorizar la maravilla de la biodiversidad, no sólo por los servicios que nos ofrece, sino por el respeto que le debemos al gran número de especies que se han ido gestando a través de larguísimos ciclos de reproducción y evolución. La máxima podría ser: si no sabes hacerlo, respétalo; si viene de muy lejos su génesis, presérvalo; y si puede sufrir, cuidalo. Todo ello desde una actitud cercana al biocentrismo, que debe ser necesariamente compensada por un cierto ecocentrismo y, a su vez, desde la perspectiva de un antropocentrismo moderado (Riechmann, 2005). Una moderación entendida como respeto y apoyo al otro y a lo otro, a través de una compleja red de valor progresivo donde todo importa, pero alguna vida más que otra, en función de su complejidad, de su naturaleza sintiente, de acuerdo con su capacidad reequilibrante de la red trófica, en relación al riesgo de su extinción o ante la amenaza de su exceso.

Por lo demás, la idea de que todo lo vivo posee un parentesco mínimo que nos vincula resulta fértil¹, hermanados desde aquellas primeras algas azules, las cianobacterias. No necesariamente de ello se sigue un sentimiento de hermandad franciscana, pero nacemos y morimos igual que las hormigas, nos parecemos más a ellas que a un fragmento de granito o a una pepita de oro. La necesaria modestia de una consciencia holística y circular, nos permite relativizar la estricta jerarquización del mundo partiendo de la medida de la humano. En lugar del *Hombre de Vitruvio* de Leonardo, algunos animalistas han representado una ardilla con las patas extendidas dentro del círculo y el cuadrado sobrepuestos... ¿y por qué no una libélula con sus alas abiertas? la justa medida de la belleza, el mejor canon es su ausencia, o la resultante de sobreponer todas las medidas de todas las especies *ad infinitum*, disueltas en la amplia diversidad de la danza de

Lila. Y, a partir de ahí, aprender a valorar lo distinto y también lo individual, desde el máximo respeto al cumplimiento de cada ciclo. La belleza circular necesariamente ha de beber de la biomímesis: imitar, aunque sea torpemente, la circularidad de la naturaleza. Pero no necesariamente como ella: recordemos que en la naturaleza no hay moral ni especial respeto por los individuos, sino más bien tendencia evolutiva conjunta y biodiversidad creciente. Sin embargo, la ética y la estética ecológicas buscarán también, en la medida de lo posible y atendiendo al equilibrio ecosistémico, el cuidado de los individuos, la valoración de cada vida individual.

Muchos de los objetivos de estos nuevos senderos no tienen que ver con aspectos de reconsideración parcial de la aventura humana, sino con un radical cambio de sentido. Recordemos que, de momento, nos comportamos como cualquier otra especie animal con capacidad reproductiva en un medio con suficiente alimento y escasos depredadores: tendemos a expandirnos, siendo el espacio, de momento, nuestro principal limitante y, a partir de ahora, la progresiva escasez de las fuentes de energía fósil, básicas para nuestro metabolismo industrial. Por ello, una de las principales características de la belleza circular será la estética y la sistémica del comedimiento: en escala, en cantidad, en entropía, en complejidad, en artificio... Desarrollar la belleza de la agrupación, de la autolimitación, del redimensionamiento. Y, en su estela, aprender a renaturalizar las ciudades asilvestrándolas, retirar asfalto y redescubrir la tierra, y recuperar entornos permaculturales equilibrados. Esta voluntad biomimética y circular no debe entenderse sólo como una mera imitación instrumental para optimizar procesos y lograr una mayor resiliencia, sino que debe ser consecuencia de la aceptación de nuestro nicho ecológico como especie, y hacer por no extralimitarnos. Así pues, poco ego como individuos para potenciar lo colectivo, y poco ego como especie para potenciar el reequilibrio biosférico².

El discurso de la sustentabilidad sólo tendrá éxito si antepone a nuestros objetivos como especie nuestros intereses como parte de la biosfera, como un pequeño fragmento que busca beneficiar al todo. Esta idea está perfectamente recogida en un ideario ecosocialista, más en concreto en su versión decrecentista (Riechmann, Almazán, Madorrán y Santiago Muiño, 2018). Pero el discurso de la modestia no debe limitarse a la parte física -material, energética-, sino también a la cultural, al propio ego civilizatorio. La circularidad debe ser entendida como un principio de reintegración ecosistémica consciente: todo lo creado por nosotros será transformado, aceptará la entropía y la disolución, y de su limo resurgirán otras creaciones nuevas. Frente al símbolo del ave fénix, el oficio del alfarero. Al igual que aceptamos el proceso circular de génesis, reproducción y muerte de la naturaleza, así también de lo humano, en nuestras vidas y en nuestros artificios. Este pensamiento de no perdurabilidad consciente debe ser estructural. Por lo tanto, una nueva belleza circular no debe limitarse a los aspectos más cercanos a los principios del reciclaje: la expresión de una economía circular, *cradle to cradle*, bioconstrucción y bicicletas, siendo sin embargo todos ellos elementos de gran importancia. La circularidad debe referirse antes que nada a nuestra propia cosmovisión: sabernos fugaces como individuos, como civilización y como especie y, a su vez, miembros de una extensa familia de seres que habitan la biosfera y forman parte de Gaia como entidad. Por ello, frente a un enfoque antropocéntrico basado en la excepcionalidad de lo humano que nos antepone a todo lo demás, se trata de priorizar lo común que nos hace hermanarnos con todo lo que vive. Desde esta nueva perspectiva, frente al objetivo de crecimiento económico y la exponencial sofisticación tecnocientífica, se primará el reequilibrio y, hasta donde se pueda, el respeto por toda forma de vida en función de su complejidad y valor ecosistémico. Por lo tanto, impulsar una ética ecológica del cuidado, no estrictamente utilitarista respecto a la biosfera, algo ciertamente revolucionario, pero con una rápida trayectoria en su formulación filosófica contemporánea.

6 UN ARTE Y UNA ESTÉTICA PARA UNA CULTURA DE LA SUSTENTABILIDAD

Afirmábamos al inicio del artículo que la estética puede convertirse en un vector de gran importancia como facilitador de importantes cambios de cosmovisión, en la medida en que no sólo crea hitos simbólicos vinculados a las nuevas ideologías, sino que permite materializarlos en la conformación cotidiana del mundo. La estética, aquí, no se limita al revestimiento decorativo de las intervenciones culturales, sino que afecta al proceso de antropización en su conjunto, a la conformación de las agrupaciones humanas, e incluso a la configuración de la industria y la tecnología en su expresión material y ambiental. Recordemos que la estética ha reforzado en cada periodo histórico la cosmovisión dominante, ha sido su reflejo y su legado para la historia: en el Medioevo expresaba el teocentrismo absolutista, en el Renacimiento el antropocentrismo como indiscutible canon de belleza; en la Modernidad, la representación positiva del progreso tecnocientífico y las sucesivas revoluciones sociopolíticas del siglo pasado. Es importante resaltar la deriva simbólica que ha ido experimentando: de la representación hiperbólica de Dios se pasó a la exaltación de lo humano, y de ahí a la entronización de la tecnociencia, que antes era tan sólo instrumental. De la catedral gótica a Versalles, y de ahí al Burj Khalifa. El paso siguiente será recuperar la consciencia biosférica, retornar, con toda nuestra sabiduría y eficiencia técnica, a la tierra y a sus ciclos. La arquitectura que puede simbolizar este nuevo tiempo es la bioclimática, así como los diseños permaculturales, en los que se busca que las poblaciones humanas y el conjunto de elementos ecosistémicos estén en equilibrio sinérgico, facilitando una vida buena lo más generalizada posible. No se nos escapa que hablamos de una cosmovisión y de una estética radicalmente distintas a la propia del capitalismo de crecimiento continuo, pero inevitablemente iremos tendiendo hacia ella según avancen los tiempos del decrecimiento. Una estética que debe reafirmar precisamente las condiciones opuestas a las que caracterizaron al modelo fáustico de la Modernidad, que combine el sentido práctico de la eficiencia y de la austeridad, con la recuperación de satisfactores que tengan que ver, precisamente, con la escala humana y sus necesidades. Así, la centralidad ecosistémica conlleva, a su vez, un recentramiento de lo humano, que prácticamente se había convertido, en la Modernidad tardía, en un mero instrumento al servicio del desarrollo tecnológico.

Dado que el pensamiento ecológico que alienta la nueva cosmovisión se caracteriza por la diversidad, no podemos acotar una estética programática, pero sí apuntar una serie de tendencias caracterizadoras (Albelda, Sgaramella & Parreño, 2019), e ilustrarlas a través de ejemplos. Siguiendo con la estrategia comparativa, podemos traer a colación dos obras suficientemente conocidas: la primera, marcadamente posmoderna, es *Puppy*, el cachorro gigante de Jeff Koons que complementa el celebrado ejercicio de deconstrucción de Frank Gehry en el Guggenheim de Bilbao. *Puppy* mide más de 13 metros y pesa 15 toneladas, estando recubierto por 38.000 flores que se cambian dos veces al año, con un gasto de 100.000 euros al culminar cada proceso (García y Gutiérrez, 2014). Éste sería un buen ejemplo de arte posmoderno en el momento álgido del tardocapitalismo. En sus antípodas, la obra de Olafur Eliasson *Ice watch*, para la Cumbre del clima de París de 2015 (Fig.3), compuesta por 12 fragmentos de hielo que se fueron derritiendo a la vez que se sucedían las discusiones del encuentro, representaría un ejemplo de arte dirigido a suscitar empatía con los temas ambientales que nos afectan, y especialmente con el cambio climático. Una obra de carácter eminentemente conceptual y efímero, que no dejará rastro al cabo de unas semanas, a no ser por las imágenes de una representación especialmente preclara del problema.



Figura 3. Olafur Eliasson, *Ice watch*, París, 2015. Fotografía: E-habitat.

Sin embargo, más que abundar en ejemplos de artistas, que ya han sido tratados en otros lugares desde esta perspectiva (Albelda, Parreño & Marrero, 2018), entre los que destacaríamos el arte de la reparación ecosistémica -Helen Mayer y Newton Harrison-, la búsqueda de la empatía con la naturaleza -Reiko Goto-, o la consciencia de nuestro vínculo con los animales y con la tierra -Lucía Loren- (Fig.4), ya que hemos optado en este artículo por los ejemplos de arquitectura, citaremos un ejemplo arquitectónico cercano, el colegio Montessori de Paterna, del Estudio Gradolí & Sanz de Valencia, construido íntegramente de ladrillo -tierra cocida-, sin ninguna parte aérea de hormigón, y con bóvedas que se autosustentan sin encofrado, tan sólo con madera, ladrillo, cemento y yeso (Fig.5 y 6). Un proyecto modélico diametralmente opuesto a los exoesqueletos de acero y hormigón armado de los últimos tiempos de arquitectura prometeica. Un colegio de ladrillo para educar desde el principio en la sencillez y el bajo



Figura 4. Obra de Lucía Loren en Biodivers-II (Carricola)



Figura 5 y 6. Colegio Montesori de Paterna. Fotografía: Mariela Apollonio.

impacto ecosistémico. No es por casualidad, en la misma línea, el auge en los últimos tiempos de la bioconstrucción -especialmente de paja y adobe-, desde la voluntad de desarrollar una arquitectura de bajo impacto, potenciando el trabajo colaborativo y autogestionado. Es evidente que estos proyectos priorizan la inmediatez y la asequibilidad a la perdurabilidad en el tiempo; son más horizontales que verticales, más orgánicos y a nuestra escala que los construidos en la estela del Movimiento moderno. Expresan estructuralmente la belleza circular de la que participan: proyectos para el presente, que se reintegrarán sin demasiadas dificultades en el ecosistema natural en un futuro indeterminado. Para concluir con los ejemplos, no hay que olvidar el gran proyecto de belleza circular constituido por la teoría integral de la permacultura desarrollada por Mollison y Holmgren, como conjunto de procesos de diseño de entorno y de materialización de los principios de la ética ecológica y de la sustentabilidad. Un proyecto que extiende sus largas raíces rizomáticas en la agricultura tradicional anterior a la revolución verde, ascendiendo hasta el modelo simbólico de las *chakras* de las culturas amerindias donde, junto su función como huertos familiares, se establece una comunión cósmica de los cultivos a través de una compleja geometría.

7 A MODO DE CONCLUSIÓN: POR UNA CULTURA FILOCIRCULAR

Si la etapa de expansión civilizatoria se caracterizó por una consciente tendencia fáustica (García, 1999) de dominio de la naturaleza y de identificación con el progreso en escala y la sofisticación tecnocientífica, los tiempos de la inevitable contracción deben ser guiados -como objetivo de máximo interés general- por el objetivo del reequilibrio entre civilización y naturaleza, con una clara tendencia ecocéntrica: un nosotros extenso y *gaiano* en lugar del *antropos* como centralidad absoluta. En este marco contextual, el mayor reto estriba en aceptar lo circular -la fugacidad, la impermanencia- como belleza, en lugar de nuestra inveterada fascinación por la perdurabilidad del artificio humano a modo de testimonio y legado para la historia. Ver belleza y sentido en la autolimitación consciente, en pos del reequilibrio en nuestra casa común, durante el largo proceso de decrecimiento de nuestra complejidad como civilización. Aceptar de buen grado el abandono de la conquista del cosmos y la disputa del fuego a los dioses; en su

lugar, adecuar nuestro nicho ecológico recobrado. Ver cómo los paisajes de la agroecología le comen terreno a los de la revolución verde. Asistir al aumento de poblaciones de vida silvestre a la vez que disminuyen nuestras explotaciones ganaderas, y disminuimos nosotros mismos. Alegarnos de ser menos destruyendo menos, menos cuidando y cuidándonos más.

Pero sobre todo aprender de la naturaleza circular su propia dinámica de evolución. En ese gran mapa de tiempo cósmico dibujado por círculos que no se acaban de cerrar y avanzan creando tirabuzones, vemos que cada uno sirve para iniciar el siguiente; que cada individuo aporta con su legado genético su experiencia a sus descendientes, y éstos van dibujando una estirpe. Pero no hay en la naturaleza un interés por poner lo humano en el centro, ni siquiera una especie sobre las otras. No hay centro -la naturaleza es excéntrica e interdependiente-, tan sólo hay un continuo desplazamiento dinámico en espirales, en helicoides, a través de fractales, en un proceso proteico sin fin aparente. El lento proceso a base de círculos que casi se cierran y que, en su no cerrarse del todo avanzan un poco en cada ciclo, es diametralmente opuesto a la supuesta eficiencia lineal del capitalismo -y al famoso ángulo recto de Le Corbusier. Se trata de la belleza circular del progreso que necesitamos.

Bibliografía

Albelda, J., Parreño, J.M. y Sgaramella, Ch. (Eds.). (2019). *Imaginar la transición hacia sociedades sostenibles*. Valencia: UPV.

Albelda, J., Parreño, J.M. y Marrero, J.M. (Eds.). (2018). *Humanidades ambientales. Pensamiento, arte y relatos para el Siglo de la Gran Prueba*. Madrid: Los libros de la Catarata.

Albelda, J. (2018). Repensando el concepto de progreso. En J. Albelda, J. M. Parreño, y J. M. Marrero, (Eds.), *Humanidades Ambientales. Pensamiento, arte y relatos para el siglo de la gran prueba*. Madrid: Los libros de la Catarata.

Albelda, J. y Sgaramella, Ch. (2015). Arte, empatía y sostenibilidad. Capacidad empática y conciencia ambiental en las prácticas contemporáneas de arte ecológico. *Ecozona*, 6, 10-25.

Arregui-Pradas, R. y Sánchez-Montañés B. (2014). La creación artística ante el paradigma ecológico. *Arte y políticas de identidad*. 10-11, 209-226.

Arribas, F. (2015). Arte, naturaleza y ecología. En T. Raquejo y J.M. Parreño (Eds.), *Arte y ecología*. Madrid: UNED.

Castro, C. de (2018). *Gaia orgánica desde las ciencias de la tierra*. Madrid: UAM (conferencia). Disponible en: www.eloraculodegaia.info/.../pdf-presentaciones-de-carlos-de-castro-sobre-su-teoria-gaia-organica/

García, E. (1999). *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Valencia: Tilde.

García, L. y Gutiérrez, V. (2014). Resiliencia tecnológica. *Arte y políticas de identidad 10-11*, 35-154.

Haraway, D. (2015). Anthropocene, Capitalocene, Plantatiocene, Chthulucene: Making Kin. *Environmental humanities*, 6, 159-165.

Riechmann, J. (2018a). Amontonar piedras. Reconstruir culturas, transformar identidades: sobre la necesidad de conversión socioecológica. En E. Santiago Muíño, Y. Herrero y J. Riechmann, *Petróleo*. Barcelona: Arcadia / MACBA.

(2018b). Una nueva estética para una edad solar. En J. Albelda, J.M. Marrero y J.M. Parreño. (Eds.). *Humanidades ambientales: pensamiento, arte y relatos para el Siglo de la Gran Prueba*. Madrid: La Catarata.

(2012). *Interdependientes y ecodpendientes. Ensayos desde la ética ecológica (y hacia ella)*. Barcelona: Proteus.

(2006). *Biomímesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*. Madrid: La Catarata.

(2005). *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Madrid: La Catarata.

Riechmann, J., Almazán Gómez, A., Madorrán, C. y Santiago Muiño, E. (2018). *Ecosocialismo descalzo Tentativas*. Barcelona: Icaria Antrazyt.

Spier, F. (2011). *El lugar del hombre en el cosmos. La gran historia y el futuro de la humanidad*. Barcelona: Crítica.

Tafalla, M. (2019). *Ecoanimal. Una estética plurisensorial, ecologista y animalista*. Madrid: Plaza & Valdés.

(2005). Por una estética de la naturaleza: la belleza natural como argumento ecologista. *Isegoría*, 32, 215-226.

Trainer, T. (2017). *La vía de la simplicidad. Hacia un mundo sostenible y justo*. Madrid: Trotta.

Worringer, W. (1908). *Abstracción y naturaleza*. México: Fondo de Cultura Económica.

NOTAS

1. La idea de “pariente” en Dona Haraway (2015) también debe ser tomada en consideración: los que conviven desde la diferencia en un mismo ecosistema mundo, los que coincidimos en cercanos ciclos de vida y reproducción.
2. En relación a lo individual/colectivo, recordemos que el grupo solidario es más resiliente que el compuesto por individuos egoístas, mientras que en los sujetos es al contrario: es el egoísta el más resistente, lo podemos ver por doquier.